

habia llegado á ser tambien injusta por lo mucho que habian subido las primeras materias y la mano de obra que no dejaban medio para sacar los costos. Lo mismo sucedia con los comerciantes, porque el flete de las mercancías de la India habia subido por ejemplo desde 150 francos por tonelada hasta 400, y los seguros desde el 5 y 6 por ciento á 50 y 60, con lo cual era imposible que los comerciantes pudiesen ya vender en los puertos los productos al precio que fijaba el *máximum* y asi interrumpian sus expediciones. Para alterar y forzar un precio hubiera sido necesario alterarlos y forzarlos todos, y esto era de toda imposibilidad.

El tiempo fue descubriendo otros inconvenientes particulares del *máximum*, como por ejemplo haberse fijado el precio del trigo de un modo uniforme en toda Francia, siendo asi que era diversamente costosa y abundante su produccion en las diferentes provincias, con lo cual no podia haber la debida relacion en tan distintas localidades. Hasta la misma facultad que se habia dejado á los ayuntamientos de poner precio á todas las mercancías ocasionaba otra especie de desorden, pues cuando estas faltaban en algun pueblo las autoridades subian el precio, y entonces acudian á él en perjuicio de los pueblos vecinos, de suerte que en unos habia escasa abundancia mientras

que en otros se sufría escasez, todo segun la voluntad de los que arreglaban las tarifas, dejando de ser regular y natural el movimiento del comercio, y pasando á caprichoso, desigual y convulsivo.

Todavía eran mas perjudiciales los resultados de las requisiciones, porque valiéndose de ellas para alimentar los ejércitos y surtir las grandes manufacturas de armas y los arsenales de lo necesario, asi como para atender á las grandes poblaciones, y aun algunas veces para proporcionar á los fabricantes y manufactureros las materias necesarias, solo los representantes, los comisarios de los ejércitos y los agentes de la comision de comercio y abastos tenian facultad para requerir. Pero cuando urgía el peligro se hacian estas requisiciones con precipitacion y confusion, cruzándose muchas veces para unos mismos objetos sin saber los contribuyentes á quien atender y siendo por lo comun ilimitadas. Algunas veces cargaba la requisicion sobre todo un pueblo ó sobre todo un departamento, y entonces ni los arrendadores ni los mercaderes podian vender á nadie mas que á los agentes de la república, quedando interrumpido el comercio y la circulacion porque solian tardar mucho en recogerse y pagarse los géneros requeridos. En la confusion misma que resultaba de la urgencia, no se calculaban las distancias del departamento, del pueblo ó del ejército para quien

se requería, lo cual multiplicaba el gasto de los transportes. Como por otra parte muchos ríos y canales habían dejado de ser navegables por causa de la gran sequía que se estaba experimentando, solo quedaba el recurso del acarreo y había sido preciso echar mano de las caballerías propias para la agricultura para engancharlas en los carruages. Unido este empleo extraordinario de bestias á la remonta de 44 mil caballos para el ejército había ocasionado suma escasez de caballerías y la agricultura carecía de medios de transporte. Por un efecto indispensable de este mal calculado y no pocas veces inútil movimiento, se encontraban los almacenes atestados de víveres y géneros que solían estar espuestos á toda clase de averías. El ganado de requisición pública estaba malditamente alimentado y flaquísimo cuando llegaba al matadero, perdiéndose por consecuencia la grasa y el sebo etc. Por manera que no solo quedaban inútiles los gastos de transporte sino que el género mismo se deterioraba ó perdía con otros abusos todavía más culpables. Muchos empleados infieles solían revender á precios muy subidos aquellos mismos géneros que habían comprado según la tasa del *máximum* y en virtud de la requisición. De la misma fraude se prevalían algunos mercaderes y fabricantes que habiendo obtenido antes una orden de requisición para surtirse, volvían

á vender luego secretamente y al precio del día lo mismo que habían comprado con el *máximum*. Todas estas diferentes causas añadidas á los efectos de la guerra continental y marítima habían reducido el comercio al estado mas deplorable. No había la menor comunicacion con las colonias á causa de los cruceros ingleses y tambien se hallaban devastadas casi todas por la guerra. Entre ellas la principal que era Santo-Domingo estaba puesta á sangre y fuego por los partidos, que se disputaban su dominio; todo lo cual reunido hacía que fuese casi del todo imposible cualquiera comunicacion exterior. Este estado de aislamiento se había aumentado mucho con otra medida revolucionaria que fue la del secuestro mandado hacer de todos los bienes de los extranjeros con cuyas naciones estaba en guerra la Francia. Ya dijimos que cuando la convencion mandó hacer este secuestro, llevó la mira de contener el ajio que se estaba haciendo con el papel extranjero, é impedir que se abandonasen los asignados en favor de las letras de cambio sobre Francfort, Amsterdam, Londres etc. Pero mientras se apoderaba de los valores pertenecientes á Españoles, Alemanes, Holandeses é Ingleses, se provocaba igual medida de parte de ellos contra los valores pertenecientes á Franceses, y así cesó toda circulacion de efectos de crédito entre la Francia y la Europa,

sin que quedasen otras relaciones que las de los países neutrales, el Levante, la Suiza, la Dinamarca, la Suecia y los Estados Unidos; pero la comision de comercio y abastos era la única que hacia uso de ellas para proporcionar granos, hierros y otros objetos necesarios á la marina. Para eso habia puesto en requisicion todo el papel; cuyo valor en asignados ponía á disposicion de los banqueros franceses y se servia de él en Suiza, Suecia, Dinamarca y América para pagar los granos y demas productos que compraba.

Quedaba pues reducido todo el comercio de Francia á las provisiones que hacia el gobierno en países estrangeros por medio de valores sacados por fuerza á los banqueros franceses. No bien llegaban á los puertos algunas mercancías por medio del comercio libre, cuando al instante recaía la requisicion sobre ellas, lo cual desanimaba enteramente, como acabamos de demostrar, á los comerciantes que habian pagado un precio enorme por los fletes y seguros y se les obligaba á darlas á la tasa del *máximum*. Las únicas que abundaban algo en las puertas eran las procedentes de presas hechas al enemigo; pero unas estaban movilizadas por las requisiciones, y otras por la prohibicion que habia de todos los productos de las naciones enemigas. Nantes y Burdeos, ya bastante destruidos por la guerra civil, estaban re-

ducidos á una inercia absoluta y á la mayor pobreza por aquel estado del comercio; y Marsella que en otro tiempo vivia de sus relaciones con Levante tenia sus puertos bloqueados por los Ingleses y sus principales comerciantes dispersados por el terror, las javonerías destruidas ó trasladadas á Italia, sin poder hacer mas que algunos cambios onerosos con los Genoveses. No menos triste era el estado en que se hallaban las ciudades del interior; pues Nimes habia cesado de producir sederías, que en otro tiempo esportaba por 20 millones de francos. La opulenta ciudad de Lyon, arruinada por las bombas y las minas, se estaba entonces demoliendo, y ya no fabricaba aquellos ricos tegidos con que solia surtir al comercio por 60 millones. A eso se agregaba un decreto en que se mandaban detener las mercancías destinadas á los pueblos rebeldes, y por consecuencia habia inmovilizado al rededor de Lyon una cantidad considerable, de que parte debia quedar en aquella ciudad, y la otra solo atravesarla para otros muchos puntos á donde conduce el camino real del mediodia. De este decreto se habian aprovechado las ciudades de Chalons, Macon y Valéncé para detener las mercancías que viajaban por aquel camino tan frecuentado. La manufactura de Sedan se habia visto precisada á interrumpir la fabricacion de paños finos para en-

tregarse á solo los necesarios para las tropas , y sus principales fabricantes se hallaban perseguidos ademas como cómplices del movimiento proyectado por Lafayette despues del 10 de agosto. Los departamentos del Norte, Paso de Calais, Soma y Aisne, que tan ricos eran en linos y cáñamos estaban totalmente devastados por la guerra, mientras que hacia el Oeste, en la desgraciada Vendée lo estaban por el hierro y el fuego mas de 600 leguas cuadradas. Los campos se hallaban en parte abandonados, y numerosos rebaños andaban errantes sin guia, sin pastos y sin rédiles; últimamente en todas partes donde los desastres particulares no se añadian á la calamidad general, la guerra sola habia disminuido singularmente el número de brazos, y el terror en unos y la preocupacion política en otros, alejado ó disgustado del trabajo un considerable número de ciudadanos laboriosos. ¡Cuantos preferian á sus campos y talleres los clubs, los consejos municipales y las secciones donde se les daban dos pesetas por solo alborotar!

Asi el cuadro que presentaba la Francia salvada del hierro estrangero, pero exhausta momentaneamente por los esfuerzos que se habian exigido de ella, se componia de desórden en los mercados, escasez de subsistencias, interrupcion en las manufacturas por efecto del *máximum*, tras-

portes mal dirigidos, amontonamientos inútiles, averias de géneros, falta de medios de conduccion por efecto de las requisiciones, interrupcion de relaciones con todas las naciones vecinas por causa de la guerra, bloqueo marítimo y secuestros; ruina de las ciudades manufactureras y de muchas comarcas agrícolas por la guerra civil; disminucion de brazos por la requisicion, y ociosidad ocasionada por la aficion á la vida política.

Figúrese pues ahora el lector, despues del 9 de thermidor á dos partidos opuestos, uno de los cuales se empeña en que continuen los medios revolucionarios como indispensables, y en que se prolongue indefinidamente un estado pasagero por esencia, el otro irritado con los males inevitables de una organizacion extraordinaria, que olvida los servicios hechos por aquella organizacion y quiere abolirla como atroz; y facilmente concebirá cuantos motivos encontrarian de acusarse recíprocamente uno á otro. Los jacobinos se quejaban de la relajacion de todas las leyes; de la violacion del *máximum* por los arrendadores, mercaderes y ricos comerciantes; de la inejecucion de las leyes contra el agio y del envilecimiento de los asignados, todo lo cual les obligaba á repetir los antiguos gritos de los Hebertistas contra los ricos, los acapadores y los agiotistas. Por el contrario sus enemigos, atreviéndose por primera vez á comba-

tir las medidas revolucionarias, se sublevaban contra la excesiva emision de asignados, contra las injusticias del *máximum*, contra la tirania de las requisiciones, contra los desastres de Lyon, Sedan, Nantes y Burdeos, y en fin contra las prohibiciones y trabas de toda especie que paralizaban y arruinaban el comercio. A esto y á la libertad de imprenta y al modo de nombrar los empleados públicos estaban comunmente reducidas las peticiones de los clubs ó de las secciones. Todas ellas se remitian á las comisiones de salud pública, hacienda y comercio, para que informasen y diesen su parecer.

Asi estaban en presencia uno de otro dos partidos buscando y encontrando en lo ya hecho y en lo que se continuaba haciendo frecuentes motivos de ataques y reconvenciones. Cuanto se habia ejecutado bueno ó malo se imputaba á los miembros de las antiguas comisiones que eran ahora el blanco de los autores de la reaccion. Por mas que hubiesen contribuido á derribar á Robespierre, se decia que solo lo habian hecho por ambicion y por participar de su tirania; pero que en el fondo pensaban lo mismo que él, tenian iguales principios y querian continuar en provecho suyo el mismo sistema. El que con mas imprudencia se esplicaba entre los thermidorianos, era Lecointre el de Versalles, hombre fogoso é inconsiderado,

que habia formado el proyecto de denunciar á Billaud-Varennes, Collot de Herbois y Barrère, de la antigua comision de salud pública; y á David, Vadier, Amar y Vouland, de la de seguridad general, como cómplices y *continuadores* de Robespierre. No podia ni osaba hacer la misma acusacion contra Carnot, Prieur de la Costa de Oro y Roberto Lindet, á quienes la opinion pública separaba enteramente de sus cólegas, y pasaban por hombres que se habian ocupado esclusivamente de las tareas á que se debia la salvacion de Francia. Tampoco se atrevia á atacar á los miembros de la seguridad general porque no todos estaban igualmente desconceptuados. Dió parte de su proyecto á Tallien y á Legendre, quienes procuraron disuadirle, pero él no dejó de insistir en él, y en la sesion del 12 de fructidor (29 de agosto) presentó 26 cargos de acusacion contra los miembros de las antiguas comisiones. Todos ellos se reducian á imputaciones vagas de haber sido cómplice de aquel sistema de terror que Robespierre habia impuesto á la convencion y á la Francia; de haber contribuido á los actos arbitrarios de las dos comisiones, firmado órdenes de proscripcion, haberse hecho sordos á todas las reclamaciones de los ciudadanos injustamente perseguidos, haber contribuido poderosamente á la muerte de Danton, haber defendido la ley del 22 de prerial, ha-

ber dejado ignorar á la convencion que esta ley no era obra de la comision , no haber denunciado á Robespierre cuando abandonó la asistencia á la comision de salud pública , y en fin no haber hecho nada en los dias 8 , 9 y 10 de thermidor para poner á la convencion á cubierto de los proyectos de los conspiradores.

Luego que concluyó Lecointre la lectura de los 26 cargos se levantó Goujon ⁹, diputado del Ain que era un republicano jóven, sincero, ardiente y montañes desinteresado, pues no habia tomado parte alguna en los actos que se echaban en cara al último gobierno, y tomó la palabra con todas las señales de un profundo sentimiento. «Me hallo dolorosamente afligido al ver la frialdad con que se vienen á esparcir aquí nuevas semillas de discordia y proponer la ruina de la patria. Unas veces se intenta marchitar bajo el nombre de sistema de terror todo cuanto se ha ejecutado durante un año; otras se os propone acusar á unos hombres que han hecho los mayores servicios á la revolucion, los cuales yo ignoro si eran culpables, porque me hallaba en los ejércitos y no puedo juzgar de nada; pero aun cuando hubiese tenido en mi mano pruebas justificativas contra miembros de la convencion, me hubiera guardado de presentarlas, ó lo habria hecho con profundo dolor. Por el contrario; Con que sere-

«nidad se viene á meter el puñal en el seno de «hombres recomendables á la patria por sus importantes servicios! Y es de notar que los cargos que se les hacen recaen sobre la misma convencion, y á esta es á quien verdaderamente se acusa, y al pueblo frances, supuesto que uno y otro han sufrido la tirania del infame Robespierre. Veo que tenia razon Juan de Bry cuando hace poco os decia que todas estas proposiciones se hacen por orden de los aristocratas.....—Y de los ladrones, añadieron algunas voces.—Yo pido que cese inmediatamente esta discusion.» Opusiéronse á ello muchos diputados, y lanzándose Billaud-Varenes á la tribuna, solicitó con instancia que continuase la discusion y dijo: «No hay duda en que si los hechos que se alegan son ciertos, nosotros somos grandes culpables y deben caer nuestras cabezas. Pero desafiamos á que lo pruebe Lecointre, y como desde la caída del tirano estamos siendo continuo objeto de los ataques de todos los intrigantes, declaramos que la vida no tiene precio alguno para nosotros si se les dá crédito.» Continuó Billaud refiriendo que mucho tiempo antes meditaban él y sus cólegas el 9 de thermidor, y si lo diferieron fué porque las circunstancias lo exigian así; que ellos fueron los primeros á denunciar á Robespierre y arrancarle la máscara con que se cubria; que si fué un crí-

men la muerte de Danton no tiene reparo en acusarse de él, porque Danton era cómplice de Robespierre, y el punto de reunion de todos los contra-revolucionarios, como que si hubiera vivido se habria perdido la libertad. Despues de algun tiempo, añadió Billaud, veiamos agitarse á los intrigantes y los ladrones....—Una vez que se ha soltado esa palabra, interrumpió Bourdon al oirla, es indispensable que se pruebe.—Yo me encargo de ello, replicó Duhem, á lo menos por uno.—Nosotros la probaremos por otros, añadieron muchas voces de la montaña.—Esta era la injuria que mas comunmente estaban dispuestos á hacer los de la montaña á los amigos de Danton, que casi todos se habian hecho thermidorianos, y Billaud que en medio de aquel tumulto y de aquellas interrupciones no habia abandonado la tribuna, insistia en pedir que se instruyese causa para que fuesen conocidos los culpables. Sucedióle Cambon y dijo que era preciso evitar el lazo que se estaba tendiendo á la convencion; que los aristocratas querian obligarla á deshonorarse á sí misma con la deshonor de algunos de sus miembros, y que si las comisiones eran culpables, él lo era tambien;—Y toda la nacion igualmente añadió Bourdon del Oisa. En medio de aquel tumulto se presentó Vadier en la tribuna con una pistola en la mano, diciendo que no sobreviviria á la calum-

nia sino se le permitia justificarse. Rodeáronle muchos miembros y le obligaron á que se bajara, declarando el presidente Thuriot que iba á levantar la sesion sino se apaciguaba aquel tumulto. Quisieron Duhem y Amar que continuase la discusion porque era obligacion de la asamblea respecto de los miembros inculpados; pero Thuriot, que era uno de los mas fogosos thermidorianos, aunque celoso montañes, veia con pesadumbre que se suscitasen tales cuestiones, y asi tomó la palabra desde su asiento y dijo á la asamblea: « Por una parte exige el interés público que se termine inmediatamente semejante discusion, y « por otra reclama el interes de los acusados que « se continúe: pongamos fin á uno y otro pasando á la órden del dia sobre la proposicion de Lecointre, y declarando que la asamblea ha escuchado esta proposicion con profunda indignacion. » Adoptó la asamblea este dictámen de Thuriot y pasó en efecto á la órden del dia anathematizando la propuesta de Lecointre.

Todos los que amaban sinceramente á su patria vieron con mucho sentimiento aquella discusion, porque en efecto era sumamente difícil distinguir el mal del bien ni averiguar á quien se habia de echar la culpa de la tirania recientemente sufrida. ¿ Como habia de distinguirse la parte que en ella habia cavido á Robespierre y á las comisiones que

con él ejercieron la autoridad, la de la convencion que las habia tolerado, y en fin la de la nacion que habia tenido la paciencia de aguantar á la convencion, á la comision y á Robespierre? ¿Y quien habia de juzgar semejante tirania? ¿Habia sido crimen de la ambicion ó solo efecto de la accion enérgica é irreflexiva de hombres que con intento de salvar su causa á cualquier precio, se equivocaban en los medios que ponian en uso? ¿Cómo distinguir en aquella confusion lo que era mera crueldad, ambicion, celo mal entendido ó patriotismo sincero y enérgico? En medio de tales oscuridades no era posible juzgar bien tantos corazones humanos, sino que convenia olvidar lo pasado, recibir de mano de aquellos á quienes se acababa de escluir del poder, la Francia libre de sus enemigos, arreglar los movimientos desordenados, suavizar las leyes demasiado crueles, y reflexionar que en política solo deben repararse los males y nunca vengarlos.

Este era el dictámen de los hombres prudentes, por mas que los enemigos de la revolucion aplaudiesen el paso dado por Lecointre, y al ver que se habia cerrado la discusion esparciesen la voz de que la convencion habia tenido miedo y no se habia atrevido á tocar cuestiones que eran demasiado espinosas para ella. Por el contrario los jacobinos y montañeses infatuados todavia con su fa-

natismo y de ningun modo dispuestos á renegar del régimen del terror, no temian la discusion y estaban furiosos de que se hubiese cerrado. En efecto desde el siguiente dia 13 de fructidor se levantaron una multitud de ellos, diciendo que el presidente habia sorprendido la víspera á la asamblea decidiendo que se cerrase, y emitiendo su dictámen desde la silla; que como presidente no tenia derecho para dar ningun parecer y mucho menos para hacer una injusticia; y por último que tenian los individuos inculpados, la misma convencion y la revolucion derecho incontestable para exigir que se entrara francamente en una discusion que de ningun modo era temible para los patriotas. En vano solicitaron los thermidorianos Legendre, Tallien y otros, de quienes se decia que habian instado á Lecointre á presentar la acusacion, mientras que por el contrario habian procurado disuadirle de ella, que no se volviera á tocar el asunto; porque la asamblea, que aun no habia perdido la costumbre de temer y ceder á la montaña, consintió en revocar su decision de la víspera y volvió á principiarse la disputa. Llamóse á Lecointre á la tribuna para que leyese sus 26 cargos y los apoyase con documentos comprobantes.

No habia podido este reunir las pruebas de aquel singular proceso porque para ello habria sido necesario adquirir copias de lo que habia